LA FE, ENCUENTRO CON UNA PERSONA A LA QUE SE CONFÍA LA PROPIA VIDA

"Creo" es la palabra fundamental que pronuncia el cristiano. Es palabra que determina una existencia. "Creer" es el primer verbo que conjuga el cristiano y que le acompaña toda su vida. No en vano, en el libro de Hechos, "creyentes" viene a ser el término ordinario para designar a los cristianos. Cristiano es "el que cree" (cf. Jn 3, 16.18; 6,69).

Vamos a tratar de esa fe, en qué consiste creer. Conviene que comencemos distinguiendo la fe como acto y la fe como contenido. Con el término "fe" nos referimos muchas veces a aquello que creemos; es lo que desde San Agustín se denomina "fides quae" (la fe que creo, el contenido de la fe)[1]. Pero la palabra designa también el acto con el que se cree, es decir, la "fides qua" o fe "con la que" creo. Nuestra reflexión se centrará en esta última, es decir, en el acto por el que el creyente, con ayuda de la gracia, cree. Aunque se trata de un acto propio de cada persona, tiene una estructura común, que podemos describir.

1.- "Creo": el aspecto personal de la fe

¿Qué es la fe? ¿cómo puede ser descrito este acto de fe en el aspecto personal? Podemos fijarnos en tres categorías que nos ayudan a entenderla. Aunque la comprensión acabada de lo que es la fe se alcanza cuando las miramos en conjunto, es oportuno empezar desglosándolas. Estas categorías son encuentro, escucha y vida.

a.- La fe como encuentro

La primera categoría es la de encuentro, que la teología católica ha recogido de la filosofía personalista y el pensamiento dialógico alemán[2]. Con el término "encuentro" se pretende explicitar la profundidad que puede adquirir una relación interpersonal. . Mientras que nuestra relación con el mundo se sitúa en el nivel del "ello", el trato con las personas implica un "tú" porque la persona humana es alguien con una interioridad. Este contacto entre dos personas puede tener diversos grados. Puede ser superficial, quedar en lo externo. Pero puede también alcanzar una gran profundidad.

[1] S. AGUSTÍN, *De Trinitate* 13, 2, 5: "aliud sunt ea quae creduntur, aliud fides qua creduntur".

[2] Cfr. A. JIMÉNEZ ORTIZ, "Encuentro", en R. LATOURELLE - R. FISICHELLA - S. PIÉ-NINOT (dirs.), *Diccionario de Teología Fundamental*, Ed. Paulinas, Madrid 1992, pp. 376-379; J. ZAZO RODRÍGUEZ, *El encuentro. Propuesta para una teología fundamental*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2010, pp. 17-112; 437-469.

Entonces hay espacio para el diálogo, la comunión y el compromiso mutuo. El "encuentro" acontece cuando, desde el amor y la libertad, reconozco al otro, lo que me lleva a aceptar confiadamente lo que dice.

- Encuentro con Dios

Pues bien, la fe puede ser vista como encuentro. La fe hace posible nuestra relación interpersonal con Dios; nos abre el camino al diálogo, el amor y la comunión profunda con Dios. El título de la conferencia –extraído de la exhortación apostólica "Verbum Domini"- expone con claridad que la fe es encuentro con una persona, a la que se confía la propia vida[3], porque el fruto de ese encuentro es ponernos en manos de Dios.

Es preciso añadir de manera inmediata que estamos ante un encuentro muy especial, porque Dios y nosotros no nos encontramos en el mismo plano. Dios es un "Tú" con mayúsculas, porque a su carácter personal une su condición de trascendencia incondicionada; es juntamente un Dios cercano, un "Tú" personal y un Absoluto: es un "Tú Absoluto"[4]. El encuentro con este Dios sólo es posible si Él se inclina hacia la criatura, si se acerca a nosotros. Es Dios quien toma la iniciativa, quien se acerca al hombre. En el origen de todo está la voluntad divina de darse a conocer al hombre. "Quiso Dios en su bondad y sabiduría revelarse a sí mismo y el misterio de su voluntad"[5], especificará "Dei Verbum". En el comienzo está el amor de Dios. Si Dios no se abaja, es locura querer alcanzarle.

La manera en que Dios se acerca a nosotros es la historia humana, interpretada por la palabra. La historia es testigo de esa voluntad divina de manifestarse al hombre, de estrechar los lazos con él. La historia humana es historia de salvación, lugar en el que Dios se manifiesta. Esta historia, iniciada en la antigua alianza, alcanza su culminación en Jesucristo, que hace posible un verdadero encuentro entre Dios y el hombre. Creer es aceptar esta oferta, posibilitar el encuentro con Dios que se acerca a nosotros en sus obras y palabras.

La fe es el primer y libre paso del hombre hacia Dios, que nos invita a la comunión, a la amistad con él. La fe es el primer encuentro del hombre con un Dios que le busca[6]. Es comienzo de un diálogo, de una relación viva.

---

[3] Cfr. BENEDICTO XVI, Ex. Ap. *Verbum Domini*, 25.

[4] Cfr. H. U. VON BALTHASAR, "El camino de acceso a la realidad de Dios", en *Mysterium Salutis*, II/I, Cristiandad, Madrid 1969, pp. 41-72.

[5] CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 2.

[6] Cfr. R. LATOURELLE, *Teología de la revelación*, Sígueme, Salamanca 1979, p. 415.

¿En qué consiste esa actitud de fe, que hace posible el encuentro? Nuestra relación interpersonal con Dios puede caracterizarse con dos términos: confianza y abandono. Creer es poner nuestra confianza en Dios, abandonándonos a Él sin reservas.

- Aspecto de confianza

Para entender esto, podemos fijarnos en cómo vivimos la fe en nuestras relaciones humanas. Porque la fe es necesaria no sólo para alcanzar a Dios, sino también para establecer una relación con los demás. Nuestra conducta con los demás, cuando alcanza una cierta profundidad, está presidida por la confianza y la fidelidad. En el nivel humano la fe es una entrega a una persona, confianza en ella. Expresamos esta fe cuando le decimos a otro: "te creo", "creo en ti"; es decir, "confío en tu persona".

A partir de esta experiencia humana común podemos comprender la estructura de la fe cristiana, cuyo meollo es la confianza. Creer es descansar, apoyarse en Dios. Para el mundo bíblico, sobre todo del Antiguo Testamento, creer es encontrar apoyo en Dios como en una roca firme, abandonarse a su palabra y acción salvadora[7]. Tiene especial importancia para comprender su significado la raíz *'aman* (ser sólido, ser fiel), de donde se deriva el amén de nuestra liturgia y la forma verbal *he'emin* significa tener confianza en alguien. Creer es decir amén a Dios, fiarse de él. En el nuevo testamento la fe sigue siendo obediencia, confianza, esperanza y fidelidad. Para los sinópticos es, sobre todo, confianza absoluta en la omnipotencia de Dios.

El Concilio Vaticano II escogió un término muy significativo para describir la fe: es una "entrega" a Dios: "qua homo se totum libere Deo committit"[8]. Por la fe, el hombre se confía, se compromete con Dios.

Esta confianza vivida en el nivel humano tiene un límite, porque sería irracional poner una confianza absoluta en otro ser humano. A nadie se le escapa que las personas tenemos deficiencias y estamos siempre amenazadas por el error y el pecado. Confiar absolutamente en alguien sería ceguera. Por eso el mismo Catecismo dice: "sería vano y errado poner una fe semejante en una criatura"[9]. Creer de una manera absoluta,

---

[7] Cfr. F. ARDUSSO, voz "Fe (el acto de)", en AA. VV. *Diccionario teológico interdisciplinar*, II, Sígueme, Salamanca 1982, pp. 521-524; J. PFAMMATER, "La fe en la Sagrada Escritura", en *Mysterium Salutis*, I, pp. 865-886.

[8] CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 5. Cfr. R. FISICHELLA, "Atto di fede: *Dei Verbum* ripete *Dei Filius*?, en R. FISICHELLA (ed.), *La teología fondamentale. Convergenze per il terzo millenio*, Piemme, Casale Monferrato 1997, pp. 105-124.

[9] CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA, § 150. Este tema aparecía ya en el Catecismo Romano, que distinguía la fe que prestamos a Dios "y la que damos a los escritores de la historia humana" (Parte I, cap. 1, n. 1).

incondicional, definitiva, de una manera que compromete irrevocablemente mi ser, sólo puede realizarse respecto de Dios. Cuando se trata de Dios estamos ante una Persona con mayúsculas, no sujeta a la contingencia ni al cambio. Es un ser que no se equivoca ni puede equivocarse. Entonces ya no resulta irracional poner mi ser en sus manos, confiar plenamente en él. La fe –fides- tiene que ver con la fidelidad –fidelitas- con la percepción de que Dios es fiel, de que guarda sus palabras y cumple sus promesas. Nos podemos fiar de Dios, que es más seguro que el mejor de mis amigos, más incluso que una madre para su niño de pecho (cfr. Is 49,15; Sal 27,10). Dios es digno de confianza.

- Aspecto de abandono y sometimiento

La fe implica también abandono. Es la actitud correcta cuando estamos ante la realidad misma de Dios, que no es un objeto más de este mundo, sino la condición de que el mismo puede existir. Ante Dios sólo cabe adoptar esta actitud de abandono y reverencia. Decíamos que la fe es encuentro con una persona a la que se confía la propia vida. La fe es una decisión por Dios, que conduce a poner todo nuestro ser en sus manos, agarrándonos a Él como única seguridad.

"Abandono" en entiende aquí como una actitud positiva, como la capacidad de entregarse por entero al otro, sin guardar nada para sí. Este abandono es necesario para establecer una relación sincera e intensa con otro. El primero que se "abandonó" al Padre fue Jesucristo; su muerte fue un ponerse en manos del Padre. El tema del abandono está muy presente en lo sinópticos: abandonando las redes le siguieron (Mt 4, 18-22); abandonando el mostrador de impuestos, le siguió Mateo (Mt 9, 9), abandonándose a la voluntad de Dios, María se convierte en la Madre del Salvador (Lc 1, 28-38)[10].

Hay otra palabra para caracterizar la fe. Nos resulta más dura, porque parece contradecir nuestro afán de autonomía: la fe es sometimiento a Dios. La fe es sumisión al amor de Dios, aceptación de su gracia, reconocimiento de su inmensidad. Bruno Forte la caracteriza con el término "rendición" y ve el paradigma de la fe en la experiencia de Jacob que lucha hasta el amanecer con el ángel de Dios (cfr. Gen 32,23-33): Dios es el asaltante nocturno, con el que luchamos, como Jacob –porque escapa a nuestras certezas y no se deja domesticar por nuestras pretensiones- hasta quedar rendidos[11]. Entonces la fe se convierte en abandono, olvido de sí y gozo por la entrega en los brazos del Amado. La fe es confiarse ciegamente en el Otro. "Creer –dicen los

[10] R. FISICHELLA, "Ecclesialità dell'atto di fede", en IDEM (ed.), *Noi crediamo. Per una teología dell'atto di fede*, Dehoniane, Roma 1993, pp. 76 S.

[11] Cfr. B. FORTE, *La esencia del cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2002, p. 113.

Obispos italianos- es fiarse de alguien, asentir a la llamada del forastero que invita, poner la propia vida en manos de Otro, para que Él sea el único y verdadero Señor"[12].

Por la fe ponemos toda nuestra persona en sus manos. Los Concilios lo suelen resumir diciendo que sometemos nuestra inteligencia y nuestra voluntad. Pero la fe es una actitud existencial totalizadora. En la fe convergen todas las realidades de la persona: su inteligencia, su libertad, sus sentimientos. Afecta a nuestro espíritu e implica también nuestra corporalidad. Creer significa poner todo nuestro ser en manos de Dios y fundar en Él toda nuestra existencia.

Como se ve, la fe es una decisión fundamental de nuestra vida, que exige la conversión: dejar las seguridades humanas y fiarse sólo de Dios. Fe y conversión van unidas. Las primeras palabras de Jesús en el evangelio de Marcos son estas: "Convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1. 14). En la profesión bautismal, antes de preguntarnos si creemos, se nos pregunta: "¿Renuncias?" Creer es consecuencia de haber descubierto a Dios como lo más importante del mundo. Esto supone renuncia a lo viejo, a la tiranía de este mundo, para acomodar nuestra vida a la verdad de Dios. Creer es convertirse.

- Acto trinitario

Tenemos que dar un paso más, porque el Dios al que dirigimos la fe, el Dios en quien confiamos es un Dios tripersonal, un Dios que se ha revelado como Padre, Hijo y Espíritu Santo. El acto de fe es un acto intrínsecamente trinitario. Dios viene al hombre "de muchas maneras" (cfr. Heb 1, 1), pero sobre todo en el Hijo, Jesucristo, palabra encarnada, "verbo abreviado" del Padre. Conocemos a Dios por medio de Jesucristo. Nuestra fe es haber sido seducidos por Cristo. Él es la puerta por la que nos adentramos en el conocimiento del Padre y en la experiencia del Espíritu Santo. Nuestra fe es cristológica (tiene su centro y su mediador en Cristo) y, por ello, es trinitaria.

Nuestra fe es un encuentro con el Dios vivo que es Padre bueno, misericordiosos y fiel; que en Jesucristo nos ha manifestado su amor; que en el Espíritu nos da vida y se hace Dios cercano. Con razón las profesiones de fe, desde las más antiguas hasta las más recientes, se caracterizan siempre por mantener una estructura ternaria o trinitaria. El cristiano no dice sólo "creo en Dios", sino "creo en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo". La relación personal que caracteriza el acto de fe se especifica como amor filial al Padre, confianza plena en su Hijo Jesucristo y apertura a la acción del Espíritu Santo.

[12] CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *Carta a los buscadores de Dios*, V (Palabra, Madrid 2010, p. 41).

- Obra de la gracia

Queda por señalar un aspecto muy importante, que venimos insinuando. Ese encuentro con Dios, esa posibilidad de poner nuestra fe en Él no es consecuencia simplemente de una decisión humana. Es obra de la gracia. La fe en Dios se vuelve incomprensible si la miramos como un acto meramente humano. La peculiaridad de la fe reside en que, siendo un acto plenamente humano, es toda ella obra de la gracia. Los escritos del Nuevo Testamento se refieren a ello como "iluminación" interior, que abre el corazón al Evangelio y como "atracción" divina. Dios es quien dispone el corazón, por medio del Espíritu, para que podamos acogerle (cfr. 1 Cor 2, 10. 12). Él es el que abre la "puerta de la fe" (Hech 14, 27). La respuesta de la fe siempre tiene su origen en Dios que nos atrae (Mt 16, 17; Jn 6, 44-45) y nos ilumina por su Espíritu (Jn 14, 26; 16, 13-15; Rom 8, 15). Si Dios no abre el corazón del hombre, es imposible dar el salto de la fe, abandonar las certezas mundanas y entregarse al Absoluto.

Así se puso de relieve especialmente desde el siglo V, en la polémica de San Agustín contra el pelagianismo. El Concilio de Orange de 529 señaló, frente a los semipelagianos, que el mismo comienzo de la fe ("initium fidei") es ya obra de Dios[13]. El Concilio Vaticano II dirá que "para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios que previene y ayuda, y los auxilios internos del Espíritu Santo"[14].

La fe en Dios no brota espontáneamente en el hombre. Ciertamente hay en el ser humano una tendencia al Absoluto, un deseo natural de ver a Dios, según la expresión del Aquinate. Ese deseo está en el origen de la vida religiosa. Las diferentes religiones buscan modular una búsqueda común, un deseo, una capacidad que está inscrita en la naturaleza humana. El ser humano está abierto a Dios. Pero la fe sobrepasa la búsqueda religiosa, va más allá de la capacidad humana de reverenciar y adorar a Dios. Porque en la fe todo es gracia: ser llamados, llegar a la fe, vivir de la fe. La fe es –sobre todo- "hacer sitio al don de Dios"[15].

La fe es acogida de una gracia que proviene de Dios. Con toda mi libertad, acepto dejarme seducir por Dios, ser atraído por su gracia. Nadie puede decir "Jesús es el Señor", dice san Pablo, si no es movido por el Espíritu (Cf. 1 Cor 12, 3). Es una llamada, una moción, una atracción, que no atenta contra nuestra libertad, que respeta el modo de ser de cada uno.

---

[13] Cfr. DH 375.

[14] CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 5.

[15] H. U. VON BALTHASAR, *Gloria*, vol .7, Encuentro, Madrid 1989, p. 251.

b.- La fe como escucha

Hay un segundo aspecto importante en la fe. Ciertamente la fe es encuentro y confianza, pero esto sólo es posible porque ha habido antes una invitación, una llamada. Creer es esencialmente responder a una llamada[16]. La iniciativa del encuentro la tiene Dios. La fe resulta comprensible porque antes ha habido una Palabra por parte de Dios. En el principio está la Palabra, en el origen está la voluntad de un Dios de comunicarse con el hombre para darle vida. "La revelación de Dios y la fe del hombre –enseña Alfaro- no pueden ser comprendidas sino en referencia mutua. La revelación funda la respuesta de la fe, ésta a su vez refleja el evento de la revelación"[17]. Por eso, la respuesta a la revelación es la misma que pronuncia Samuel: "Habla, Señor, que tu siervo escucha" (1 Sam 3, 10).

- Escucha. Obediencia

La fe es, ante todo, escucha; el creyente es primordialmente un oyente. La fe es estar atento a lo que me dice aquel en quien creo. El primado lo tiene la Palabra pronunciada por Dios. El ser humano ha sido constituido como "oyente de la Palabra" (Rahner); su identidad es "responsorial" (Ouellet)[18], en cuento que es invitado constantemente por la Palabra de Dios a escuchar y responder. La respuesta propia a Dios que habla es la fe.

La fe es, en este sentido, obediencia. "A Dios que se revela –dice *Dei Verbum*- hay que prestarle la obediencia de la fe"[19]. "Obediencia" es un término de raigambre bíblica, cargado de significado (cf. Rom 16, 26). El Catecismo de la Iglesia Católica privilegia esta noción para explicar la fe. Obedecer se deriva de oír, es ob-audire y significa saber escuchar, estar en disposición de escuchar al otro. La raíz hebrea "shemá" significa también primariamente escuchar y, secundariamente, obedecer. La presentación de la fe como obediencia conecta con Rom 10, 14-17, donde el Apóstol juega con el doble significado del término "shemá": "¿Cómo invocarán si no han creído? La fe nace del mensaje" La fe consiste en escuchar la palabra, lo que lleva a la obediencia y, al revés, la obediencia lleva a la escucha. El Catecismo ejemplifica esta fe en dos figuras: Abraham "obedeció y salió (…) sin saber a dónde iba" (Hb 11,8); María "realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe"[20]. La fe es un "sí" del hombre a Dios. Pero

[16] Cfr. F. CONESA, "La revelación como vocación", en *Facies Domini* 4 (2012) 13-30.

[17] J. ALFARO, *Revelación cristiana, fe y teología*, Sígueme, Salamanca 1985, p. 10.

[18] XII SINODO DE LOS OBISPOS, *Relatio post disceptationem*, 12.

[19] CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 5.

[20] CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, § 148.

–atentos- es un “sí” a un “sí”. El primer “sí” es de Dios, que ha dado su Palabra al hombre; el segundo “sí” es el nuestro.

- Aceptación de una palabra

Este aspecto aparece de un modo singular en el nuevo testamento, donde los términos “pistis” y “pisteuo” designan preferentemente la aceptación de la obra realizada en Cristo y del kerigma cristiano. Ya en los sinópticos “creer” es adherirse a Jesús y reconocer que es el Mesías. Para San Pablo creer significa muchas veces aceptar como real y salvífico el hecho de la resurrección de Jesús y el contenido de la predicación apostólica. Para San Juan creer es reconocer en Jesús al enviado del Padre, aceptando el testimonio que da sobre sí mismo.

Aquí se perfila el aspecto noético de la fe. Creer es aceptar una palabra, acogerla en el corazón, dejando que transforme mi vida. Si el primer aspecto se podría llamar fiducial, ahora nos encontramos ante la dimensión cognoscitiva o noética. Podemos verlas unidas en el texto de la Carta a los Romanos: “Si profesas con tus labios que Jesús es el Señor y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo” (10, 9). Profesar con los labios se refiere al aspecto objetivo; creer con el corazón es el momento fiducial.

Forma parte de la fe adherirse a unas creencias, aceptar unos misterios. Hay un aspecto de asentimiento en la fe. Creer es “tener por verdadero”, aceptar unas verdades. Este aspecto es importante, aunque no puede ser nunca el único que se considere. A lo largo de la historia de la teología el acento en los aspectos intelectuales de la fe fue pesando cada vez más llegando en ocasiones a desligarse del aspecto fiducial. Con razón se ha denunciado un excesivo intelectualismo en la comprensión católica de la fe, provocado también como reacción ante el desprecio de este aspecto por parte del protestantismo.

- Aceptamos la verdad por confianza en la persona

Dicho esto, debemos añadir que es inconcebible una fe sin creencias, un cristianismo “no dogmático”, en el que sólo hubiera confianza y no hubiera contenido. Esta fe se volvería inconsistente y se evaporaría fácilmente. Pero las creencias no se profesan aisladamente, sino que es encuentran envueltas y apoyadas por la persona en la que y a quien se cree[21].

El aspecto cognoscitivo se articula e integra con el aspecto fiducial. No se puede entender separadamente. En la fe convergen voluntad y entendimiento. Benedicto XVI ha insistido en “Porta Fidei” en que “existe una unidad profunda entre el acto con

[21] Cfr. H. FRIES, *Un reto a la fe*, Sígueme, Salamanca 1971, pp. 40-41.

el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento”[22]. Mediante la fe, “abrazamos de corazón la verdad que se ha revelado y nos entregamos totalmente a Cristo”[23].

El Catecismo de la Iglesia Católica lo ha expresado, a mi entender, con precisión cuando dice: “Creer entraña, pues, una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad por confianza en la persona que la atestigua”[24]. No aceptamos las creencias porque la evidencia nos las imponga, sino por confianza en la persona. La forma básica de la fe no es “creo que”, o “creo en algo”, sino “creo en ti”.

Que el aspecto primario es el personal, aparece ya en un conocido texto de la “Summa Theologiae”: “Dado que el que cree asiente a las palabras de otro, parece que lo principal y como fin de cualquier acto de creer es aquel en cuya aserción se cree; son, en cambio, secundarias las verdades a que se asiente creyendo en él”[25].

Esta es la lógica de la fe, que es lógica del testimonio y de la obediencia, como la llamó algún autor[26]. Creemos algo porque creemos a alguien. En las relaciones humanas, la confianza en la persona conduce a aceptar lo que dice, no porque tengamos un conocimiento directo de ello, sino apoyados en su testimonio. Esta “lógica” posibilita la comunicación y el conocimiento de la persona. Sólo a través de su testimonio puedo acceder a la intimidad de la persona y descubrir su profundo misterio personal. Por eso la fe y la confianza son las bases de las relaciones humanas.

Lo mismo sucede con la fe teologal: creer en Dios, fiarse de Él, supone aceptar lo que dice, lo que me pide. “La fe es siempre, al mismo tiempo, acto de fe y contenido de fe. El contenido sólo se tiene en la realización vital; la realización vital, a la inversa, siempre está referida al contenido, sostenida y animada por él. El acto de fe y el contenido de la fe constituyen un todo indivisible”[27]. En la fe divina, la confianza y abandono en Dios conduce a aceptar lo que ha hecho por nosotros, lo que nos ha dicho y lo que nos exige.

---

[22] BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Porta Fidei*, 9.

[23] BENEDICTO XVI, Ex. Ap. *Verbum Domini*, 25.

[24] CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, § 177.

[25] TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 11, a. 1.

[26] Cfr. D. ANTISERI, *El problema del lenguaje religioso*, Cristiandad, Madrid 1976, pp. 176-179; cfr. F. FERRÉ, *Language, Logic, and God*, Univ. of Chicago Press, Chicago 1961, pp. 67-104; cfr. F. CONESA, *Filosofía del Lenguaje*, Herder, Barcelona 1999, pp. 288-289.

[27] W. KASPER, *La fe que excede todo conocimiento*, Sal Terrae, Santander 1988, pp. 57s.

La fe es una amistad que engendra conocimiento. La fe me hace salir de mi aislamiento para confiar en el conocimiento y amor de alguien más grande que yo. La confianza incondicional en una sabiduría y poder superiores nos abre a la verdad y bondad absolutas. Por la confianza participamos en el conocimiento de otra persona. Esto nos hace participar del conocimiento de Dios y de su vida divina. Por la fe somos introducidos en el conocimiento del misterio de Dios.

- Razones para creer

Ahora bien, esta fe tiene que ser un "obsequio conforme a la razón" (Rom 12, 1). La fe tiene que ser un acto intelectualmente honesto y moralmente responsable. Esto, que requerimos para todas las relaciones de confianza en la vida humana, es necesario también para la fe en Dios. Hacen falta señales, motivos que hagan plausible la propuesta, que hagan razonable la fe depositada en ella. La decisión de creer ha de ser razonable.

Por eso, tiene que haber razones para creer, aunque de ellas no se sigue inmediatamente la fe, que es siempre un don de Dios. Hablamos de "razones" y no de "pruebas" porque allí donde hay argumentos conclusivos, deja de haber fe, porque deja de haber libertad. Estas razones justifican la rectitud de la decisión de creer, son condiciones para que la fe sea un acto conforme a la razón, pero no son el motivo de la fe, porque el motivo es sólo Dios.

- Verdades de la fe

Lo que creemos se condensa y se formula en unas verdades, en una doctrina, unos dogmas, que intentan expresar lo acontecido en la historia, haciéndonos comprender su sentido. La fe tiene que ver con la verdad. No puede ser comprendida sólo como un sentimiento o un deseo. Es un acto que tiene como objeto la verdad. Afirmar que la fe tiene como referencia la verdad es la manera de salvaguardar el carácter real del misterio de Dios. Porque es real "en sí mismo", lo es también "para mí"[28]. Sostener que la fe capta la verdad es afirmar que Dios es una realidad distinta de nosotros mismos.

La verdad de la fe se expresa en unos dogmas, en símbolos, en fórmulas. Los dogmas pretenden decir con precisión, sirviéndose del lenguaje de las distintas culturas, lo que se contiene en la Sagrada Escritura. Como obra humana e intento de captar el núcleo de la revelación, resultan perfectibles; pueden completarse y profundizarse ulteriomente, aunque nunca contradecirse. Estas fórmulas de fe condensan una

[28] Cfr. J. ALFARO, "La fe como entrega personal del hombre a Dios y como aceptación del mensaje cristiano", en *Concilium* 21 (1967) 59.

historia, una alianza y remiten a ella. El único misterio de salvación se expresa de maneras diversas y desde diversos aspectos.

Todo el contenido doctrinal del cristianismo se condensa en la intervención salvadora de Dios en Cristo. Todo lo que creemos alcanza su término en el misterio de la salvación por Cristo, pues toda la revelación converge hacia Cristo.

Ahora bien, el objeto de la fe no son nunca las fórmulas, sino las realidades a las que las fórmulas apuntan. La teología contemporánea ha repetido, con razón, un dicho de Tomás de Aquino: "El acto del creyente no termina en el enunciado, sino en la realidad"[29]. El cristianismo no es principalmente una doctrina, sino una persona, Jesucristo. Las fórmulas son un medio para alcanzar a Jesucristo, en quien se concentra y dirige la intervención salvadora de Dios. En el cristianismo la verdad es una persona, Jesucristo, de manera que nuestro asentimiento lo otorgamos no a unas verdades abstractas sino al Hijo de Dios, revelador del Padre. "El objeto de la fe cristiana –destaca Mouroux- es esa Verdad que es una Persona en la que encontramos a Dios. Decir 'la Verdad' es decir 'el Hijo Encarnado'"[30].

c.- La fe como modo de vida

Hay un tercer aspecto importante para comprender la fe y que no podemos perder de vista si no queremos reducir la fe a un impulso del corazón o un sacrificio del intelecto. La fe alcanza a toda la persona y se convierte en guía para su vida. La fe se hace vida. "La vida cristiana –escribía Alfaro- no es una consecuencia de la fe, sino su auténtica realización en el hombre; por la acción asiente el hombre plenamente al misterio de Cristo como real"[31]. Si la fe dejara de actuarse en las decisiones concretas de la vida creyente, se convertiría en "creencia sin fe, fe sin fe"[32]. La fe quedaría reducida a mera palabrería. La fe tiene que realizarse, actuarse. La fe se realiza en actos concretos, convicciones, experiencias, expectativas. Se expresa en un estilo de vida, en un comportamiento que se vive cada día. No es una droga que nos haga escapar del mundo, sino un estímulo que motiva nuestra praxis[33].

---

[29] TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 1, a.2, ad 2.

[30] J. MOUROUX, *Creo en ti. La estructura personal del acto de fe*, Flors, Barcelona 1964, p. 32.

[31] J. ALFARO, "La fe como entrega personal del hombre a Dios y como aceptación del mensaje cristiano", en *Concilium* 21 (1967) 61.

[32] J. ALFARO, *Revelación cristiana, fe y teología*, Sígueme, Salamanca 1985, p. 106. Cfr. 102, 119 s.

[33] Tema acentuado por el teólogo protestante F. GERRIT IMMINK, *Faith. A Practical Theological Reconstruction*, Eerdmans, Grand Rapids 2005, parte I (pp. 17-69).

Todos conocemos el dicho de la carta de Santiago, según el cual la fe sin obras es fe muerta (2, 14-16; cf. 1, 22-25). También el Apóstol de las gentes dice que la fe "obra por la caridad", actúa por el amor (cfr. Gal 5, 6). La fe no puede reducirse a una confesión de palabra, sino que tiene que acreditarse en la vida. Por su misma naturaleza, la fe tiende a informar y determinar toda la vida del creyente. La fe es una realidad para vivir. No sólo se trata de profesar, sino de hacerla vida. "El justo vivirá por la fe" (Hab 2,4; Rom 1, 17).

Desde el análisis del lenguaje se ha llamado la atención sobre el carácter performativo o realizativo del verbo "creer". Cuando usamos este verbo en su sentido propio, no estamos simplemente describiendo una situación ni constatando un acto externo ni comunicando una decisión sino realizando un acto que compromete al que lo dice. Donald Evans habló de "autoimplicación" y se refirió a una "lógica de la autoimplicación"[34]. Hay una autoimplicación que hace del hablar y del obrar una unidad indisoluble. Benedicto XVI ha escrito: "La fe cristiana, ¿es también para nosotros ahora una esperanza que transforma y sostiene nuestra vida? ¿es para nosotros "performativa", un mensaje que plasma un nuevo modo de vida, o es ya sólo "información" que, mientras tanto, hemos dejado arrinconada y nos parece superada por informaciones recientes?"[35].

La fe es un encuentro que transforma la propia vida. La fe nos permite vivir nuestra vida desde la perspectiva de la comunión con Dios y de su revelación salvadora.

1) Transforma, en primer lugar, el propio ser del hombre. Se trata de un proceso lento por el cual se van transformando nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestra mentalidad.

2) Afecta al modo en que entendemos el mundo. La fe nos hace entender todo desde Dios. La fe pone toda la vida en una perspectiva particular, porque contemplamos el mundo desde la "luz de la fe". Vivir en la fe nos hace participar del conocimiento que Dios tiene del mundo, de su visión sobre todas las cosas.

3) Es intrínseca a la fe la dimensión moral y política. La auténtica fe no puede ser nunca alienadora. La fe transforma también nuestra libertad, poniéndonos en movimiento para cambiar nuestro yo y convertirlo al amor. De este modo nos da ojos para descubrir a quienes necesitan nuestra ayuda y reconocer en ellos a Cristo.

---

[34] Este tema fue desarrollado por el autor y aplicado al concepto de creación en D. D. EVANS, *The Logic of Self-Involvement*, Herder, London 1963. Vid. IDEM, "Faith and Belief", en *Religious Studies* 10 (1974) 1-19; 199-212. Este tema ha sido retomado por J. LADRIÉRE, *L'articulation du sens*, 2 vols., Cerf, Paris 1970-1984. Cfr. F. CONESA, *Filosofía del Lenguaje*, Herder, Barcelona 1999, pp. 293-296.

[35] BENEDICTO XVI, Enc. *Spe Salvi*, 10.

Este aspecto es tan importante como los anteriores, porque una fe sin compromiso se convierte en antitestimonio. Sin una praxis coherente, la fe se debilita, tanto o más que sin una doctrina correcta. Con razón decía Juan Pablo II: "Urge recuperar y presentar una vez más el verdadero rostro de la fe cristiana, que no es simplemente un conjunto de proposiciones que se han de acoger y ratificar con la mente, sino un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria viva de sus mandamientos, una *verdad que se ha de hacer vida.* Pero, una palabra no es acogida auténticamente si no se traduce en hechos, si no es puesta en práctica. La fe es una decisión que afecta a toda la existencia; es encuentro, diálogo, comunión de amor y de vida del creyente con Jesucristo, camino, verdad y vida (cf. *Jn* 14, 6). Implica un acto de confianza y abandono en Cristo, y nos ayuda a vivir como él vivió (cf. *Ga* 2, 20), o sea, en el mayor amor a Dios y a los hermanos"[36].

Recapitulación: el núcleo de la fe

Hemos visto que la fe es un acontecimiento que incluye tres aspectos esenciales, que están entrelazados: creer en Dios, aceptar su palabra y vivirla. Son las dimensiones fiduciales, noéticas y conativas de la fe. ¿Cuál de todas ellas constituye el núcleo de la fe? Aunque todas son importantes, el núcleo es la actitud de confianza y abandono. Lo primario es el aspecto personal. Para comprenderlo podemos fijarnos en esto.

1. Se puede "creer que" Dios existe y no "creer en" Dios. Para alcanzar la salvación no basta "creer que", sostener unas creencias. Los Padres hacen referencia a un texto de la carta de Santiago: "también los demonios creen y tiemblan". San Agustín dice: "Si creéis en él, es que le creéis a él; mientras que el que le cree a él, no por este mismo hecho cree en él. Porque también los demonios le creían, y sin embargo, no creían en él"[37]. En buena medida, nuestro mundo postcristiano vive de las creencias cristianas (en la dignidad del hombre, en su carácter social o en su libertad) aunque –como los demonios- no cree en Dios, no tiene fe. Mantiene unas creencias sin fe, como por inercia o por un vago recuerdo del pasado.

2. Aunque se trate de una situación extrema, podría darse la fe sin amor. Técnicamente se habla de fe "informe", es decir, que no tiene la forma de la caridad. El magisterio de la Iglesia ha enseñado que la pérdida de la amistad con Dios por el pecado no supone necesariamente la desaparición de la fe[38]. Aunque es una fe que

[36] JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, 88.

[37] *In Ioannem*, trac 20, 6.

[38] Condena de la proposición jansenista: "Cuando en los pecadores falta todo amor, falta también la fe; y aún cuando parezca que creen, no es con fe divina, sino humana" (DH 2312).

casi está muerta, el pecador, puede pronunciar la fe sin mentir porque hace suya la voz de toda la Iglesia.

Estos extremos nos ayudan a entender en qué consiste el núcleo de la fe, que reside en la confianza en Dios, en el abandono en sus manos.

Aunque hemos especificado los diversos aspectos implicados, no debemos olvidar que el acto de fe es algo sencillo y nítido. Es más, cuánto más se crece en la vida de fe, el acto de fe se convierte también en más simple.

2.- "Creemos": la dimensión eclesial de la fe

Para entender correctamente nuestro acto de fe hemos de añadir inmediatamente a lo dicho anteriormente que ese acto de confianza que lleva a acoger la revelación divina y hacerla vida no lo realiza cada persona aisladamente. Pronunciamos la palabra "creo" junto con otros; hay una "compañía" de la fe. La fe se pronuncia en plural: "pisteuomen", creemos. En las confesiones de fe de la Iglesia primitiva se dice tanto "creo" como "creemos".

Debemos consignar que el tratamiento de la fe en la historia de la teología ha sido excesivamente individualista y no ha tenido suficientemente en cuenta la mediación eclesial. El mismo Concilio, cuando explicó la naturaleza de la fe y la revelación en la constitución *Dei Verbum*, no tuvo suficientemente en cuenta este aspecto. Pero la fe cristiana es, en su esencia, a la vez personal y eclesial. Por eso resulta necesario, tanto teológica como pastoralmente, reflexionar sobre la eclesialidad del acto de fe[39].

- Fe trinitaria y yo comunional

Una primera reflexión acerca de la eclesialidad, conecta con el carácter trinitario de la fe, del que hemos hablado. El contenido de fe trinitario determina la estructura del acto de fe, que se convierte en un acto que es trinitario por su misma naturaleza. Esto significa –explica Fisichella- que es un acto comunitario y, por ello, comunional. "La centralidad de la Trinidad en el acto de fe equivale a admitir el principio de la comunidad-comunión como fundamento del mismo acto de fe"[40]. El "yo" que profesa la fe es un "yo" comunional. El creyente no se sitúa como un individuo aislado ante la revelación; acogerla significa hacer espacio a otro, a la Iglesia. "El yo de las fórmulas del credo es un yo colectivo, el yo de la Iglesia creyente al que pertenecen todos los

[39] Cfr. R. FISICHELLA, "Ecclesialità dell'atto di fede", en IDEM (ed.), *Noi crediamo. Per una teología dell'atto di fede*, Dehoniane, Roma 1993, pp. 59-97.

[40] R. FISICHELLA, *o. c.,* p. 73.

yos particulares en cuanto creyentes"[41]. Una fe trinitaria sólo puede ser profesada por un yo comunional.

- Cristo tiene un cuerpo

La fe en Cristo es necesariamente eclesial. Cristo tiene un cuerpo del que no se puede prescindir: su Iglesia, que lo anuncia y hace visible. "Todos sois uno en Cristo Jesús" (Gal 3, 26-28). El bautismo inserta "en Cristo Jesús" y crea una situación nueva, en la que quedan superadas las diferencias: no hay esclavo ni libre, hombre ni mujer. Creer es salir del aislamiento para entrar en la comunidad, en el "cuerpo" de Cristo. Explica Benedicto XVI: "Cristo Jesús está presente ahora en la historia, en su cuerpo que es la Iglesia; por eso, nuestro acto de fe es al mismo tiempo un acto personal y eclesial"[42].

- La fe se recibe de la Iglesia

Nadie se da a sí mismo la fe. Nadie alcanza la fe como fruto de sesudas reflexiones o profundas experiencias místicas. La fe no se engendra sino por el anuncio: "fides ex auditu" (Rom 10, 17). Al creer, nos adherimos a lo que otros han proclamado. Creer es unirse a lo que otros creen, al testimonio y la experiencia que la comunidad tiene de Dios. La comunidad no es algo secundario, sino el espacio vital de la fe.

Frente al subjetivismo de la cultura dominante, conviene tener presente la objetividad de la fe. Cuando creo, acepto lo que he recibido a través de la Iglesia. Creer no es elegir entre un conjunto de dogmas aquellos que a mí me parezcan mejores. Creer para el cristiano es compartir la fe de los apóstoles, ser vinculados a un pueblo creyente. Creer es participar en la fe de la Iglesia.

Resulta muy sugerente el diálogo que realiza el sacerdote con el catecúmeno que va a recibir el bautismo. El celebrante pregunta: "¿Qué pides a la Iglesia de Dios?", a lo que el catecúmeno responde: "La fe"[43]. El don se recibe por medio de la Iglesia, la cual no lo tiene por sí misma, sino que lo ha recibido del Señor. La Iglesia es comunidad que vive de la fe que recibe constantemente como don[44]. La fe no es la aceptación de lo que uno personalmente cree haber entendido sino la aceptación de lo que la Iglesia ha oído. La Iglesia es el medio permanente de la fe, en cuyo interior el hombre cree[45].

---

[41] J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos*, Herder, Barcelona 1985, p. 24.

[42] BENEDICTO XVI, Ex. Ap. *Verbum Domini*, 25.

[43] *Ritual de iniciación cristiana de adultos*, n. 75.

[44] Cfr. J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos*, Herder, Barcelona 1981, pp. 41 s.

[45] Cfr. K. RAHNER, "Credo Ecclesiam", en AA. VV., *Hacia una teología de la fe católica*, Sal Terrae, Santander 1970, pp. 156-158.

Por eso, la fe de la Iglesia es también medida de mi fe personal. Sólo en el espacio de la Iglesia se conserva íntegro el contenido de la fe. Sin referencia a esa fe eclesial, se cae en el subjetivismo. Al creer nos insertamos en una tradición viva y dinámica, portadora de la revelación divina. Esto no significa pasividad, porque cada uno da y recibe de la comunidad. Recibe la fe, pero también la testifica junto a los otros y ayuda a transmitirla.

- Es la Iglesia quien cree

Cuando Dios habla, se dirige a un individuo en su tejido social. Dios llama y reúne a un pueblo. Así sucedió en la Antigua Alianza. También Jesús reúne a un pueblo, que es pueblo de creyentes, que acoge la revelación acontecida en su persona. La Iglesia pertenece constitutivamente a la fe.

El Compendio del Catecismo resume: "Es la Iglesia quien cree, de tal modo que Ella, con la gracia del Espíritu Santo, precede, engendra y alimenta la fe de cada uno: por eso la Iglesia es Madre y Maestra"[46]. Es significativa la expresión "Es la Iglesia quien cree". El sujeto primario de la fe es la Iglesia. Es ella la que realiza en plenitud el acto de entrega a su Esposo. Ella es también la que profesa con integridad el contenido de la fe. Y en la "vita Ecclesiae" se expresa y hace patente la fe. Guardini lo explica así: "Es la Iglesia la que cree y el individuo cree en ella. Cree el individuo y cree la Iglesia a través del individuo. La Iglesia no está sólo ante él, sino también en él"[47].

Nadie tiene individualmente la plenitud de la fe. El "yo" que cree en Jesucristo no puede ser sino la Iglesia de Jesucristo. "En ella sola –en la Iglesia- se encuentra esa plenitud y esa perfección constante en la fe, recibida de Dios"[48]. "Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia", dice el himno "Te Deum". Es la Iglesia la que cree. Ella es para cada uno de nosotros arquetipo perfecto: "No mires nuestros pecados, sin la fe de tu Iglesia".

La fe el cristiano no puede ser sino una participación de esa fe común de la Iglesia. Por mediación de la Iglesia, dentro de la Iglesia, el cristiano puede decir "creo en Dios". Si se apartara de la Iglesia, no podría seguir creyendo en el Dios revelado en Cristo. La fe de la Iglesia sostiene y soporta mi fe personal.

---

[46] COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA, § 30.

[47] R. GUARDINI, *Sobre la vida de fe*, cit. por J. TRUTSCH en MS I, p. 932.

[48] H. DE LUBAC, *La fe cristiana*, Fax, Madrid 1970, p. 194.

- La fe se vive en la Iglesia

Sólo viviendo como comunidad de creyentes se puede mantener y vivir la fe en Jesucristo. "Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo", dice el Catecismo[49]. Es en la comunidad donde la fe resulta expresable y practicable.

Sólo dentro de la Iglesia el cristiano aprende a confesar su fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Iglesia es precisamente *congregatio fidelium*, reunión de un pueblo de creyentes.

La fe tiene que expresarse y celebrarse en unos gestos y ritos. La celebración, los símbolos, son necesarios para vivir humanamente la propia fe. La fe necesita ser perfeccionada en cuanto "fides qua" por los sacramentos de la Iglesia[50]. Uno de los ritos del bautismo es la entrega de la fe *(traditio Symboli)*, que significa la entrega de la revelación. Los sacramentos consagran y expresan la fe, son *sacramenta fidei*. A través de ellos, la Iglesia perfecciona la fe de los fieles.

- La Iglesia sostiene la fe

La Iglesia sostiene la fe, la impulsa y alimenta. La tradición patrística elaboró la idea de la Iglesia como "madre" que "engendra según la fe" o "para la fe" y que alimenta a sus hijos en con su fe vivificadora[51], es el "seno" en que nace la fe.

2.- Qué significa la fe para la persona

Para explicar lo que significa la fe para la persona nos podemos fijar en tres expresiones: conocimiento, salvación y alegría. Son tres realidades que van unidas, como veremos.

a.- Conocimiento

Creer y conocer están íntimamente relacionados. Sobre todo en el cuarto evangelio, creer en Dios es conocerle. La fe me introduce en el conocimiento de Dios. Este conocimiento de Dios se alcanza no sólo aceptando unas proposiciones, sino con todo lo que significa el acto de fe, tal como lo hemos expuesto. Podemos distinguir por ello tres aspectos de este conocimiento.

---

[49] CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, § 166.

[50] Cfr. J. M. ODERO, *Teología de la fe. Una aproximación al misterio del la fe cristiana*, Eunate-Servicio Publicaciones Universidad de Navarra, Pamplona 1997, pp. 206 s.

[51] Así aparece en Ireneo, Agustín o Epifanio, entre otros. Cfr. H. DE LUBAC, *La fe cristiana*, Fax, Madrid 1970, p. 206.

- Conocimiento personal

En su aspecto fiducial, la fe me hace ir adentrándome en Dios. La fe se asemeja al conocimiento personal, que adquirimos en el trato con alguien. El acto de confianza y amor me conduce al trato y familiaridad con Dios. No se trata aquí de un conocimiento objetivo sino de un conocimiento que es fruto de la experiencia. Es un conocimiento afectivo y adorante, que nace del amor y de la libertad. Es, también, un conocimiento perfectible, que ansía por alcanzar la plenitud de esa amistad y esa entrega.

La teología ha elaborado la noción de "conocimiento afectivo" o "por connaturalidad" o "experimental" para explicar este modo de conocer, que tiene un carácter libre y afectivo[52]. No olvidemos que este conocimiento es fruto de la gracia: Dios atrae nuestra inteligencia haciéndola entrar en su conocimiento.

- Aceptación de un testimonio

La Palabra que acepto en la fe, como fruto de la confianza en Dios, me da a conocer su intimidad, su voluntad y sus designios. En este aspecto la fe se asimila al conocimiento que adquirimos por el testimonio de otros. Podemos decir que la fe es un modo de saber: el modo apropiado al objeto de ese saber que es Dios, que se autorrevela al hombre. Es un modo peculiar de saber, basado en la confianza en el otro, en la credibilidad que me ofrece. Quien cree en Dios, le cree y, apoyándose en Él, acepta como verdadero lo que revela. Abandonándose en Dios, el creyente participa de la verdad.

También se puede crecer en este conocimiento. La fe ilumina no sólo nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos. También la fe nos ayuda a apropiarnos la revelación de Dios y constatar con gozo su verdad. Es significativo el canon 7 del Concilio de Orange, que dice que el Espíritu Santo "da a todos suavidad en consentir y creer la verdad"[53]. Con la ayuda de la gracia podemos asentir con gozo a las verdades de la fe.

- Creer y "hacer la verdad"

Finalmente, hay también un conocimiento de Dios que está ligado a la vida, a la acción. Para entenderlo nos puede iluminar una expresión que encontramos en el evangelio

[52] Cfr. F. CONESA, *Creer y conocer. El valor cognoscitivo de la fe en la filosofía analítica*, Eunsa, Pamplona 1994, pp. 291s.

[53] CONCILIO ARAUSICANO II, *De gratia*, canon 7 (DH 375). La misma expresión es recogida por el Concilio de Trento, decreto sobre la justificación (cap. 5) y el Concilio Vaticano II (DV 5).

de Juan: “hacer la verdad” (Jn 3, 21; 1 Jn 1, 6)[54]. La vida cristiana es, para el evangelista, hacer la verdad. Explica de la Potterie que esto significa, sobre todo, “el proceso de asimilación de la verdad, el camino de progreso en la fe; significa ‘hacer propia la verdad de Jesús’ escuchando sus palabras y contemplando su persona y sus obras. De esta forma el hombre entra en el misterio de Cristo y llega a ser cristiano”[55]. Creer no sólo me hace conocer a Dios y aceptar la verdad de lo que ha manifestado. Esa verdad hay que hacerla, asumirla y realizarla en nuestra vida. El que es de la verdad (cfr. Jn 18, 37; 1 Jn 3, 19) y conoce la verdad, va adquiriendo en su vida una especie de connaturalidad y afinidad con la verdad. De este modo “camina en la verdad” (2 Jn 4; 3 Jn 3,4) y “santifica en la verdad” (Jn 17,17). La vida cristiana es un camino de asimilación progresiva de la verdad, de hacerla crecer en nosotros.

La conexión entre obrar y conocer a Dios está clara en la Sagrada Escritura. Conocer a Dios es obrar la justicia (cf. Jer 22, 16), cumplir su voluntad (cf. Jn 7, 17). Por el contrario, quien vive dominado por la pasión, como los gentiles, no conoce a Dios (1 Tes 4, 13).

- Saber en el misterio

Es, pues, toda la fe como acto lo que me hace conocer a Dios. Se puede hablar de una “circularidad” en este conocimiento, porque la fe nos hace entrar en una dinámica que nos conduce a conocer a Dios, aceptar su palabra y realizarla en nuestra vida. Un conocimiento enriquece al otro.

Para terminar este punto conviene hacer algunas precisiones. La primera es que este conocimiento conecta con las búsquedas y preguntas que están ya en el corazón del hombre. El conocimiento de Dios que me da la fe no es algo extraño a nosotros, sino plenitud de lo que nuestro corazón anhela y nuestra razón quiere alcanzar. La fe conecta con las preguntas radicales del ser humano.

La segunda precisión es que este conocimiento no está exento de oscuridad. Hay un aspecto de oscuridad en la fe. La realidad en la que creo es una realidad trascendente y se requiere el esfuerzo de todo el hombre para poder alcanzar algo de ella. El místico castellano lo expresó muy bien: “¡qué bien se yo la fuente do mana y corre, aunque es de noche!”[56]

---

[54] Sobre el sentido de la expresión cfr. M. ZERWICK, “Veritatem facere”, en *Verbum Domini* 18 (1938) 338-342; 373-377; I. DE LA POTTERIE, *La vérité dans saint Jean,* II: *Le croyant et la vérité*, Pontificio Istituto Biblico, Rome 1977, pp. 479-536.

[55] I. DE LA POTTERIE, “Verdad bíblica y verdad cristiana”, en *La verdad de Jesús*, BAC, Madrid 1979, p. 14.

[56] S. JUAN DE LA CRUZ, *Poesías*, 2, 1 en *Obras completas*, BAC, Madrid 1992[11], p. 11.

La fe no es visión. El carácter mismo de la fe provoca la búsqueda constante, la "intranquilidad de pensamiento"[57]. Deseamos alcanzar un conocimiento que no dependa de otro, que nosotros podamos comprobar personalmente. La fe es un asentimiento que va acompañado de una búsqueda. "El conocimiento de la fe no sosiega el deseo, sino que lo enciende más todavía"[58]. La fe suscita preguntas, incita a la búsqueda.

En tercer lugar, debemos considerar que el Dios a quien conocemos es siempre el Misterio por excelencia. Aunque se revele, Dios sigue siendo Misterio y, por ello, inefable. De nuevo recurro a San Juan de la Cruz, quien explica que para el alma la luz que supone el conocimiento de Dios es tan grande que le ciega: "la luz de la fe, por su grande exceso, oprime y vence la del entendimiento"[59]. Hay demasiada luz en Dios para que queramos encerrarlo en nuestros conceptos. La verdad divina es tiniebla luminosa (Gregorio de Nisa).

Por eso la fe es siempre "sabiduría misteriosa, escondida" (1 Cor 2, 7). Me abre un mundo de conocimiento, pero me impulsa siempre a ir más allá, a estar a la búsqueda hasta romper el velo que separa del Amado.

b.- Salvación

Una de las afirmaciones más frecuentemente repetidas en el Nuevo Testamento es que la salvación se alcanza por medio de la fe. El enfrentamiento con la Reforma ha impedido, quizás a la teología católica, acentuar debidamente este aspecto salvífico de la fe. El encuentro con Dios tiene un carácter salvador.

Podemos mirarlo desde el punto de vista meramente humano y desde la perspectiva de teologal.

- La fe es plenitud del ser humano.

La fe en Dios perfecciona mi ser. Es plenitud. El encuentro con los dones gratuitos de Dios hace vivir de un modo pleno. Fiarnos de Dios nos hace ser más maduros, más humanos, más personas. Creer en Dios es vivir una vida de plenitud y entrega, una vida llena de alegría y esperanza.

---

[57] Expresión de J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 1990[3], p. 333.

[58] TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra Gentiles*, 3, 40.

[59] S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, II, c. 3, 1 en *Obras completas*, BAC, Madrid 1992[11], p. 130.

Cuando creo percibo, primero, la capacidad de integración que tiene la fe[60]. Porque la fe es capaz de integrar todos los fenómenos y experiencias de nuestra vida personal y social. Me hace comprender todo de un modo armónico, dando un sentido pleno a la vida, integrando sus desgarros y fisuras.

En segundo lugar, percibo también su fuerza humanizadora. El abandono confiado en Dios libera al hombre para una humanidad más profunda. La fe alienta al creyente en la entrega desinteresada a los otros y en el servicio a todo lo creado.

Como hemos dicho, hay una correlación entre lo que el hombre busca –el bien, la felicidad, la verdad- y lo que la revelación ofrece. Si esto es así, la fe no aparece como algo extraño, que viene de fuera y se impone por autoridad, sino como la respuesta que mejor se corresponde con lo que el hombre desea, como la sustancia de lo esperado (cf. Heb 11, 1). Esta coherencia entre las disposiciones humanas y la respuesta de la revelación hace que la fe aparezca como lo más humano y humanizador, como lo que mejor conviene al ser humano, pues le "encamina de manera directa a la vida eterna"[61], a la plena felicidad, a la autenticidad y perfección de su ser.

- La fe abre a la comunión con Dios

El encuentro con Dios por la fe desencadena la renovación del corazón y la vida del creyente. Se produce progresivamente el abandono de sí para comenzar a vivir en Dios, en su inmenso amor, a la luz de su Palabra. Vamos entrando en la vida de Dios. La fe pone al hombre bajo la acción vivificadora de la gracia, le hace vivir como creatura nueva.

Esta salvación es toda ella don de Dios. Como señaló el Concilio de Trento, la fe es causa dispositiva y cooperante de nuestra santificación (sesión VI, cap 8). La causa directa y formal de la justificación es sólo Dios. Lo que la fe hace es abrirnos a esa gracia de Dios, uniéndonos al misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo y posibilitando la acción santificadora del Espíritu. Se dice en la declaración conjunta sobre la justificación: "solo a través de Cristo somos justificados cuando recibimos esta salvación en fe. La fe es en sí don de Dios mediante el Espíritu Santo que opera en palabra y sacramento en la comunidad de creyente y que, a la vez, les conduce a la renovación de su vida que Dios habrá de consumar en la vida eterna"[62].

---

[60] Cfr. M. KEHL, *Introducción a la fe cristiana*, Sígueme, Salamanca 2002, p. 36.

[61] TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, 1, 6, ad 1. Cfr. M. GELABERT, "La apertura del hombre a Dios (y a su posible manifestación)", en C. IZQUIERDO (ed.), *Teología fundamental. Temas y propuestas para el nuevo milenio*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1999, pp. 83-128.

[62] *Declaración conjunta católico-luterana sobre la justificación* (31/10/1999), n. 16

Creer nos salva, nos justifica ante Dios. Jesús mismo nos hace ver la vinculación entre fe y salvación: "Ánimo, hija, tu fe te ha salvado" (Mt 9, 22). Y el mensaje de la Carta a los Romanos se puede resumir diciendo que el justo es justificado –es hecho justo- por la fe. Esto significa que Dios nos salva a través de este encuentro con él, como salvó a aquella mujer con flujos de sangre por medio de su fe. La fe abre nuestra vida a las maravillas del amor de Dios: nos inserta en Cristo, nos regenera por el Espíritu, nos abre a la unión filial con el Padre. Así la fe nos hace entrar en el dinamismo y la vida eterna de la Trinidad Santa. Quien cree tiene vida eterna (cfr. Jn 3, 16). La fe nos abre al mundo futuro, al encuentro final con Dios, poniéndonos en comunión con la vida eterna del Dios vivo.

c.- La alegría de creer

Así como la experiencia del amor y de lo bello, traen consigo la alegría, también la experiencia del encuentro con Dios genera gozo. Esta alegría no se coloca solo sobre el plano de las emociones: "Se trata de una actitud vital que abarca todos los aspectos y niveles de la existencia. Es como el humus sobre el cual el hombre vive su propia vida de una manera positiva y feliz en el sentido profundo del término. Este gozo es la dimensión nueva que proviene de la certeza de haber encontrado, percibido o, mejor, recibido el sentido último de la vida"[63]. Es el gozo de vivir una vida abierta al futuro, de haber encontrado el motor de la propia vida, el Amor absoluto que se dona al hombre. "El gozo de creer es el resultado de un encuentro"[64]. Es fruto del encuentro con Cristo y de la experiencia de su doctrina como "Buena noticia". La fe cristiana es buena nueva, evangelio.

La alegría va unida a otro sentimiento fundamental: la gratitud. Creer es una suerte. Es una "gracia". No me merezco ese amor absoluto que he recibido de Dios. Es una experiencia profunda del creyente, que le incita a vivir la vida como acción de gracias, eucarísticamente, doxológicamente. El creyente comprender la vida desde la gratitud radical a quien es fundamento y sentido de todo.

La invitación de Benedicto XVI para este Año de la fe es redescubrir el camino de la fe para crecer en alegría y entusiasmo[65] ; "redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe"[66].

---

[63] P. SCHMIDT, "La fede: un sapere al di là della scelta?", en *Communio* (I) 39 (1978) 21.

[64] Ibidem.

[65] Cfr. BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Porta Fidei*, 2.

[66] BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Porta Fidei*, 7.

Conocimiento, salvación y alegría van unidos. El conocimiento de Dios es siempre salvífico y gozoso. La salvación va ligada al conocimiento y trae la alegría. Y la alegría es fruto de un conocimiento que conduce a una vida.

3.- El camino de la fe

Atravesar la puerta de la fe "supone emprender un camino que dura toda la vida"[67]. Si la fe es una relación vivida con Dios, es susceptible de crecimiento, como también de extinción[68]. Por eso, la fe tiene que ser cultivada, como se cuida una amistad, si queremos que perdure.

Fe-seguimiento y conversión van unidos en Nuevo Testamento. Creer en Cristo es seguirle. San Pablo habla explícitamente de "progreso" respecto de la fe (2 Cor 10, 15). La fe pertenece a la condición de peregrino del hombre y por ello, existe la posibilidad de un crecimiento casi infinito en la fe. El cristiano es una persona que aprende a creer día a día hasta el fin de su vida.

La fe tiene que crecer. Pararse sería atrofiarse y morir. Si la fe no crece y fructifica en una vida cristiana, va languideciendo e incluso puede morir. Mientras vivimos en este mundo la fe nunca está acabada: siempre se puede creer más y mejor.

a.- Crecimiento en la entrega

Crecer en la fe es, ante todo, crecer en nuestra entrega confiada a Dios. "El verdadero crecimiento de la fe –explica Sebastián Aguilar- no consiste en conocer mejor los contenidos de la misma, en saber muy bien en Catecismo o conocer los mejores tratados de teología. El crecimiento de la fe y de su fuerza santificadora es obra del amor y consiste en adherirse más plenamente a Dios y a su enviado Jesucristo"[69]. La fe progresa cuando aumenta nuestra confianza en Dios y nuestra entrega a Jesucristo.

En este sentido, ser infiel no es sólo dejar de creer un dogma, como el San Manuel Bueno de Unamuno, que no podía creer en la vida eterna. Es dejar de vivir una relación de amor y confianza con Dios; es no acabar de fiarse del Dios de las promesas y buscar otras seguridades humanas.

---

[67] BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Porta Fidei*, 1.

[68] Cfr. sobre este punto F. CONESA, "Catecumenado bautismal e iniciación en la fe", en SEMINARIO DIOCESANO (ed.), *La iniciación cristiana. Reflexión de los departamentos del Seminario*, Seminario Diocesano de Orihuela-Alicante, Alicante 2004, pp. 79-95

[69] F. SEBASTIAN AGUILAR, *La fe que nos salva. Aproximación pastoral a una teología fundamental*, Sígueme, Salamanca 2012, p. 215.

b.- Crecimiento en la escucha

El crecimiento de la fe requiere, además, escuchar. Uno se hace cristiano escuchando. Hace falta el estudio de la fe, sobre todo la lectura y meditación de la Sagrada Escritura. "La Palabra de la verdad –dice el Apóstol-, el Evangelio que llegó hasta vosotros, fructifica y crece entre vosotros lo mismo que en todo el mundo" (Col 1, 5-6). Podemos crecer en la fe comprendiendo mejor los contenidos de la fe, su armonía y belleza, así como sus repercusiones en nuestra vida.

Este crecimiento puede acontecer por la vía racional o por la vía de la oración. "Dei Verbum" 8 habla de la contemplación y el estudio como medios por los que, con la ayuda del Espíritu, crece la comprensión de la revelación. Un lugar central en la vida del creyente es cultivar el conocimiento y relación con Jesucristo, en el encuentro orante con Él. La fe necesita espacios de paz y de tranquilidad, e interioridad del corazón. No hay crecimiento en la fe sin oración; la oración es la respiración de la fe.

Un aspecto particularmente importante es el encuentro con Cristo a través de la liturgia y los sacramentos. La fe es sostenida y alimentada constantemente por los sacramentos y, en particular, por la confirmación y la Eucaristía, que completan la iniciación cristiana. La confirmación pone el acento en el aspecto activo y personal de la fe. La Eucaristía es el *mysterium fidei* que alimenta y sostiene la vida de fe.

El estudio de la fe, el mejor conocimiento de sus contenidos y la ciencia de la fe –la teología- pueden ayudar también a penetrar mejor en la comprensión de nuestra fe. El año de la fe es también ocasión de crecer en el conocimiento del contenido de nuestra fe, para cultivar nuestra formación en la fe que profesamos.

c.- Crecimiento en la praxis y en el testimonio

Finalmente, también contribuye a su crecimiento la praxis, la vida de fe. La fe crece y madura cuando la actuamos; la fe se verifica en el amor. La fe crece cuando vamos abandonando lo viejo y nos dejamos transformar por el Evangelio.

Y la fe crece por el testimonio y la confesión de fe. Creer es confesar la fe. "Creemos, y por eso hablamos" (2 Cor 4, 13); "no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (Hech 4, 20). "El creyente, por el mero hecho de serlo, es un testigo de su fe. Si no confiesa su fe públicamente es porque no cree. La fe privada es una falsa fe, una incredulidad escondida. No hay fe sin testimonio"[70]. La fe se hace "carne" cuando genera un testimonio convencido y convincente, que es invitación a que otros hagan la misma experiencia y testimonio de cómo esa experiencia de fe va transformando la propia vida. La confesión y proclamación de la fe es parte constitutiva del mismo acto

[70] M. GELABERT, *Creer. Sólo en Dios*, San Pablo, Madrid 2007, p. 35.

de fe. Para Tomás de Aquino la confesión externa de la fe es "acto propio" de la fe, constituyendo su manifestación exterior[71].

Así pues, el crecimiento en la fe tiene lugar principalmente en tres aspectos: en el amor (en intensidad), en el conocimiento (en extensión) y en la acción (en operatividad)[72]. La fe crece en la línea del amor, en la intensidad de la confianza puesta en Dios y de la propia donación a Jesucristo. Esto se expresa en la mayor espontaneidad del creer. El cristiano se siente seguro en las manos de Dios -"sé de quien me he fiado" (2 Tim 1, 11)- y es, como Pablo, "conquistado por Jesucristo" (Fil 3, 12), convencido del amor de Jesucristo. La fe tiene que desarrollarse también en el plano intelectual para alcanzar una inteligencia más profunda del misterio de Cristo. Esto es particularmente urgente hoy, pues la fe cristiana está expuesta a múltiples ataques. Este crecimiento conduce a juzgar todas las cosas desde Cristo, es decir, a sentir y juzgar según el Evangelio. Así, la fe se convierte en "sabiduría de Dios". Como recordó el último Concilio, la fe "sapiencial" es un don del Espíritu[73]. Por último, la fe crece en la operatividad, en el compromiso por vivir como cristiano y caminar en una vida nueva. La entera vida del cristiano va siendo iluminada y dirigida por la fe, que se convierte en la norma de sus juicios, en la razón última de sus decisiones, la atmósfera de su vida. En otras palabras, el crecimiento en la acción conduce al cristiano a vivir de la fe. La fe envuelve así toda la vida del creyente y regenera todas sus actividades, convirtiéndose en una "fe vivida".

4.- Diez retos para la fe en nuestro tiempo

Finalmente, os invito a reflexionar sobre los diez retos que la fe, entendida como hemos señalado, tiene que afrontar en nuestro tiempo.

1) El primer reto es ser infieles, descuidando la fe y convirtiéndola en una fe indolente, estática, incapaz de penetrar la vida. Frente a ello, es precisa una fe capaz de comenzar cada día, de abandonarse por completo a Dios. En la "Carta a los buscadores de Dios" los Obispos italianos afirman que "el creyente es un ateo que cada día se esfuerza por comenzar a creer"[74]. Los seres humanos vivimos en condición de peregrinos; nuestra

---

[71] Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 3, a. 1; F. CONESA, *Creer y conocer. El valor cognoscitivo de la fe en la filosofía analítica*, Eunsa, Pamplona 1994, pp. 199-206.

[72] Cfr. G. DE ROSA, *Fede cristiana e senso della vita*, Elle di Ci, Leunmann 1999, pp. 227-236.

[73] Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 5: "El Espíritu perfecciona constantemente a la fe con sus dones".

[74] CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *Carta a los buscadores de Dios*, V (Palabra, Madrid 2010, p. 42).

fe es perennemente vulnerable y frágil. La fe, recuerda Benedicto XVI, "se fortalece creyendo"[75]. La fe nunca es un asunto que pueda darse por concluido. Continuamente debe renovarse. La conversión es una tarea permanente para el creyente.

2) Un aspecto importante es prestar atención a aquello que ayuda a preparar para la fe. Tengo para mí que muchas dificultades de los creyentes tienen que ver con ello. Se trata de preparar al hombre para acoger un don. Dada la situación cultural contemporánea resulta especialmente importante cuidar estas tareas previas que, clásicamente, se han llamado "preámbulos de la fe". Cuanto más descristianizada está una sociedad, más empeño hay que poner en estos preámbulos. A los que clásicamente se enunciaban, habría que añadir en nuestro tiempo los "preámbulos existenciales" de la fe[76], como son el convencimiento de que existe la verdad y de que, apoyados en nuestra razón, podemos acercarnos a ella o el convencimiento de que el ser humano no se agota en lo material. En este sentido la fe se convierte en "abogada convencida y convincente de la razón"[77]. Hay que alentar la apertura a los grandes interrogantes que brotan del corazón del hombre, a las dimensiones silenciosas de la existencia, donde se puede encontrar a Dios. Y es preciso educar el deseo para que no se apague en el hombre el anhelo de Dios.

El último Sínodo de Obispos ha llamado explícitamente la atención sobre la necesidad de atender a estos preámbulos para la nueva evangelización. "Los padres sinodales – dice la proposición 17- invitan a los teólogos a desarrollar una nueva apologética del pensamiento cristiano, que es una teología de la credibilidad suficiente para una nueva evangelización".

3) Un reto importante es vivir la fe eclesialmente. La fe cristiana es, en su esencia, a la vez personal y eclesial. Nadie pronuncia él sólo la palabra "creo": siempre hay una compañía de la fe. En nuestros días crece la tentación de vivir la fe en solitario, despreciando la mediación eclesial. En ello influyen diversos elementos, que convendrá analizar. La llamada "postmodernidad" ha radicalizado el subjetivismo e individualismo. Las discrepancias doctrinales pueden llevar al intento de vivir la fe al margen de la Iglesia. Otros viven una "religión difusa", sin atenerse a ninguna institución. Se da también un cansancio de lo institucional.

Es urgente cultivar el sentido del "nosotros", la vivencia comunitaria de la fe. La Iglesia es el medio permanente de la fe, en cuyo interior el hombre cree. Al creer nos insertamos en una tradición viva y dinámica, portadora de la revelación divina. Sólo en

---

[75] BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Porta Fidei*, 7.

[76] Cfr. J. MARTIN VELASCO, *El acceso a la fe*, en "Communio" 10 (1988) 92-101.

[77] JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio*, 56.

el interior de la comunidad de creyentes, la persona aprende a celebrar y confesar la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es en la comunidad donde la fe resulta expresable y practicable.

4) Vivir la fe en una sociedad secularizada. Hoy no está de moda creer; incluso parece que el creyente tenga que pedir perdón por creer. "En muchos ambientes públicos –escribía Juan Pablo II- es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontada"[78]. Crecen algunas hostilidades hacia la fe, alentadas por la ideología de un laicismo agresivo y excluyente.

Un ambiente similar vivían los cristianos de Asia Menor en el siglo I, a quienes escribe el autor de la Carta de Pedro, recomendando que estén siempre dispuestos a dar razón de la esperanza a todo el que pregunte por ella (3, 15). Cuando los cristianos son interrogados por su conducta o por su fe, tienen que estar dispuestos "siempre" a dar un logos. Es tarea de todo creyente responder al que pide una razón. El autor de este escrito, añade, que esto debe hacerse "con dulzura y respeto", "con buena conciencia". Es importante el estilo con el que se deben ofrecerse razones. Presentamos nuestra propuesta sin desprecio del otro, sin miedos a lo distinto. El estilo se convierte así también en argumento a favor.

La fe debe ser repensada y revivida de un modo nuevo en nuestros días. Hemos de resituarnos en el contexto de estas sociedades plurales y acostumbrarse a vivir la fe en los contextos actuales, sin vanas nostalgias de tiempos pretéritos. La modernidad no significa ausencia de religión, sino que la religión ocupa un lugar diferente en la vida e imaginación de las personas (Charles Taylor). Debemos plantearnos en serio cómo ser creyente en el siglo XXI, qué lugar tiene el creyente en la construcción de la sociedad humana.

5) La fe tiene que nadar constantemente entre la credulidad y el racionalismo[79]. Es muy fuerte para muchos contemporáneos la tentación de vivir lo religioso como algo mágico y mistérico. La credulidad es uno de los mayores enemigos de la fe; el crédulo tiene siempre el riesgo de vivir en la ilusión y la mentira. El otro extremo es el racionalismo, que limita la capacidad de lo humano a la pura comprobación empírica. El racionalismo, que sostiene una primacía absoluta de la razón calculadora, hasta el punto de no reconocer ninguna otra forma de conocimiento. Frente a ello, la fe tiene que ser a la vez humilde (frente a las pretensiones absolutas del racionalismo) y crítica

[78] JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Ecclesia in Europa*, 7.

[79] Cfr. M. GELABERT, *La revelación, acontecimiento con sentido*, Instituto Superior de Ciencias Catequéticas S. Pío X, Madrid 1995, pp. 196 s.

(frente a las evasiones imaginarias de la credulidad). La fe tiene que ser un acto pleno y totalmente humano, realizado con total honradez intelectual.

6) El desafío del cientificismo materialista. La ciencia experimental ejerce un indudable atractivo sobre el ser humano, sobre todo por su capacidad práctica de resolver problemas inmediatos. En ocasiones, se convierte en invasora de todos los ámbitos del ser humano, queriendo dictar sus postulados y postulándose como único saber racional. En este contexto no encuentra lugar ni la fe humana ni la fe divina. En esta perspectiva el mismo ser humano queda reducido a una realidad puramente material.

El creyente tendrá que asumir la tarea de denunciar esta automutilación del ser humano, esta perspectiva reduccionista que le impide abrirse a aquello a lo que está llamado. Pero también tendrá que realizar el esfuerzo por dialogar con la cultura científica actual para mostrar que la fe no es rival del saber científico.

7) Captar la unidad de la fe. Muchas veces la fe se presenta como un conjunto de dogmas inconexos. A veces los árboles dogmáticos impiden ver el bosque[80]. La fe no es un conjunto de verdades inconexas sino un todo estructurado. El decreto sobre ecumenismo del Concilio Vaticano II invita a tener en cuenta el orden o "jerarquía" de verdades de la doctrina católica "según es distinto el nexo que mantienen con el fundamento de la fe cristiana"[81].

Se trata, sobre todo, de captar la unidad de las creencias en la fe: lo que creemos es parte integral de nuestra fe en Dios. Y se trata de "volver a comprender lo periférico a partir de lo central"[82], de retornar al centro y comprender desde la fe única los múltiples artículos que la explicitan. El objeto de la fe es sencillo, porque no es otro que Dios. Se trata de que la fe en Dios penetre nuestra alma. Cuanto más la penetra, más se simplifica, hasta llegar a ser inexpresable. Interioriza y unifica.

8) Expresar la fe en los contextos actuales. Lo que vivimos, nuestra relación con Dios y la acogida de su palabra tiene que encontrar lenguajes nuevos y frescos que sean capaces de llegar al alma del hombre contemporáneo. Demasiadas veces, la fe aparece como algo desfasado, anacrónico, mágico. Esto quiere decir que hay que mantener abiertos todos los cauces de diálogo de la fe con la cultura. La fe no es una realidad que se sitúa fuera del mundo. Una fe despojada de la realidad cultural y humana se convierte en irreal. Con una feliz expresión lo dijo Juan Pablo II: "Una fe que no se convierte en cultura es una fe no acogida en plenitud, no pensada en su totalidad, no

---

[80] Cfr. W. KASPER, *Introducción a la fe*, Sígueme, Salamanca 1989[3], pp. 117-122.

[81] CONCILIO VATICANO II, Decr. *Unitatis Redintegratio*, 11.

[82] W. KASPER, *Introducción a la fe*, Sígueme, Salamanca 1976, p. 120.

vivida en su fidelidad"[83]. La fe tiene que estar atenta a los cambios culturales y a las expectativas de quienes viven inmersos en su propia cultura.

9) Proponer la fe para nuestros contemporáneos. La actitud del creyente es proponer permanentemente la fe, ofreciendo esta propuesta de sentido[84]. El reto es cómo hacer ver a los hombres y mujeres de nuestro tiempo que la fe es un acontecimiento cargado de sentido para sus vidas. Para muchos de nuestros contemporáneos el cristianismo es sólo un residuo de tiempos pasados, algo desfasado que ni tiene nada que aportar a las sociedades desarrolladas. La cuestión que surge es cómo comunicar el "logos" cristiano, mostrando su relevancia y profunda verdad.

Por otra parte, hay que devolver a los cristianos la confianza en la oportunidad y atractivo del mensaje cristiano. No hay que tener miedo a presentar el esplendor del Evangelio, la belleza de lo que creemos y de Aquel a quien creemos. El Sínodo sobre la nueva evangelización invita en este sentido a proponer la visión del hombre y del mundo que se derivan de la fe: "los creyentes deberán esforzarse por proponer al mundo el esplendor de una humanidad basada en el misterio de Cristo" (prop. 13).

10) El último reto proviene de la vivencia de la dimensión pública de la fe. Cunden las actitudes vergonzantes, que ocultan o disimulan la fe. Muchos cristianos laicos viven su fe cómodamente en las tareas intraeclesiales, pero han hecho dejación de sus responsabilidades en la vida pública. Y, sin embargo, los cristianos laicos tienen como lugar principal de trabajo el mundo de la familia, la cultura, el arte, la política, los sindicatos, los medios de comunicación social. ¿No hay muchos cristianos que son "ateos" en su vida social, en su trabajo y en sus opciones políticas? Desde una vivencia fuerte de la fe y una espiritualidad profunda, hay que aportar a la sociedad humana la experiencia cristiana de Dios y su amor y las consecuencias éticas y políticas de la fe en Dios.

La fe pertenece a la condición del peregrino. Nos hace anhelar a Dios, desear que el encuentro se consume. "Caminamos en la fe y no en visión" (2 Cor 5,7). Por eso la fe se relaciona con la esperanza. Lo entendió muy bien el autor de la carta a los Hebreos cuando la llamó "fundamento de lo que se espera y garantía de lo que no se ve" (11, 1). La fe anticipa la meta hacia la que nos dirigimos: el encuentro definitivo con Dios.

Francisco Conesa

[83] JUAN PABLO II, *Carta por la que instituye el Consejo Pontificio de la cultura (20/05/1982)*.

[84] Sobre este tema cfr. F. CONESA (ed.), *El cristianismo, una propuesta con sentido*, BAC, Madrid 2005.